



D. BERNARDINO REBOLLEDO,

Conde de Rebolledo.

Con dificultad podrá ofrecerse á los lectores del *Semanario*, amantes de la bella literatura, una biografía mas curiosa, que la del personage ilustre, cuyo retrato aparece al frente de nuestro artículo. Apenas podrá conciliarse un otro hombre célebre en el siglo XVI, que como el conde de Rebolledo lograrse reunir en su muy apuesta persona, el bello maridage de las Armas y de las Letras, para cuya envidiable union anticipaba ciertos indicios desde su edad mas temprana. Ni las penosas tareas que se proporcionaba su fogoso espíritu, ni la noble emulacion del que habia nacido sin duda para las armas, ni los árduos empeños que en esta carrera hubo contraído, le interrumpieron jamás sus desahogos en la de las Letras, porque infatigable atleta en tan opuestas distracciones, jamás dejó de empuñar la espada, sino para abrazar con entusiasmo la péñola, trazando las producciones originales y traducidas que ya entonces se examinan con gusto, para corresponder al voto de aprobacion que mereciera aquel talento fecundo. Materia abundante puede proporcionarnos la lectura de estos apuntes biográficos, en comprobacion de lo que tanto se ha debatido, por

AÑO X—9 DE NOVIEMBRE DE 1845.

considerarla de todo punto increíble: hablamos de lo increíble que se ha considerado en todas épocas por algunos, la amalgama ó enlace en un solo individuo de las templadas y juiciosas máximas de la filosofía, con las inquietas y turbulentas escenas de la guerra. La esperiencia de los hechos, esa ley la mas constante é infalible del Universo, nos patentiza que ambas máximas sean capaces de vínculo, con el ejemplo, entre otros, de este personage, en quien nunca disminuyó el vigor de espíritu ni el del ingenio, á pesar de que luchase con las contradicciones y disgustos que la envidia proporciona siempre al escritor, y que tampoco escasearon al que lo era distinguido por aquellos tiempos.

Nació D. Bernardino de Rebolledo, Conde de Rebolledo, en la ciudad de Leon, el año de 1597, y fué bautizado el 31 de Mayo del mismo, en la Iglesia parroquial de Ntra. Sra. del Mercado, siendo sus padres lejitimos D. Gerónimo de Rebolledo, señor de Irian, cuyo título disfrutó luego el hijo, y Doña Ana de Villamizar y Lorenzana. Aunque, como ya se deja conocer, esta familia pertenecía á la mas alta y esclarecida nobleza de la época, el joven Rebolledo manifestó desde sus primeros años una inclinacion decidida á la carrera de las armas, y una aficion completa al estudio de las letras, sin embargo de que no existen por desgracia ningunos de sus trabajos primitivos con que pudieramos acreditarlo. A los 14 años de edad, en 1661, el aliento belicoso que dominaba en aquel corazon de niño, juzgaba ya tener de-

recho para el logro de sus ambiciones, necesitaba dar ensanche y dilatación á un alma que invocaba la actividad de los campamentos, y el batallar continuo de las luchas: pero no sosteniéndose por entonces en toda la Europa ninguna mas que la empeñada contra el Turco, solicitó y obtuvo una plaza de Alférez de infantería de Marina en las galeras que se preparaban por Nápoles y Sicilia, y con efecto, pasó á Italia, y supo desempeñarla con esmero, patentizando el valor que no le abandonara por ninguna circunstancia. En este servicio marítimo continuó por espacio de diez y ocho años, durante los viajes que el príncipe Filiberto hizo á Berbería y Levante; acompañando á D. Pedro de Leyva en la toma de la caravana llamada del Turco, y agregado despues á otros bajeles en las costas de Berbería; siendo uno de los primeros que se cita entraron en el famoso bajel corsario que apresó la Capitana á la vista del Cabo-Martin, y ascendiendo por su riguroso turno á teniente de navío, y á capitán de la armada.

Obtenido ya el grado de capitán, se distinguió notablemente por la aprehension de un buque Corsario á la vista de los Alfaques: en la recuperacion de la ribera de Génova, toma de Arbenga, de Ouella, Porto Mauricio, y Castillo de Vintimilla. El monarca reconocido sin duda á tantos y tan relevantes servicios, y con ocasion de reformarse la compañía que mandaba Rebolledo, le hizo una merced en 1626, consistente en veinte y cinco escudos, mandándole pasar á la Lombardia bajo las órdenes del Marqués Ambrosio Spinola, y por eso se halló presente en la conquista de Niza, ayudando mucho para los sitios de Pontestura, de S. George, y de Casal en el citado año. En este ultimo punto tuvo la desgracia de sufrir el golpe de bala de un mosquetero á quemarropa, cuando defendía con serenidad admirable el puesto que le señalaron, y herida que se agravó hasta desesperanzar alguna vez de su vida, sedienta siempre de gloria, y orgullosa con los laureles de cien triunfos, por su temeraria idea de acudir casi exánime á las trincheras atacadas con mayor empeño por el enemigo.

Cuatro años despues de tan lamentable suceso, posesionados de aquella importante plaza, tuvo la buena fortuna de ser nombrado para noticiar á Felipe IV esta victoria, y el monarca le confirió una plaza de Gentil-hombre, segun recado que le pasara con el mismo infante D. Fernando, y tuvo que marchar á Flandes, en donde le confiaron el mando de la Compañía de Caballos Lanzas Españoles, identificando tambien su valor en las campañas para socorrer á Mastrick, en el paso de la Mossa, y en el socorro de Gueldres. El Duque de Lerma ordenó en 1635 lo acompañase cerca de su persona, durante la campaña de aquel año, y en 36 fué nombrado por S. A. el Infante Cardenal, Teniente de Maestre de Campo General de los ejércitos de Flandes, enviándole á Alemania para el arreglo de negocios muy graves con el Emperador, con el Rey de Hungría, y electores de Colonia y Maguncia, cuyos cometidos desempeñó tan á satisfaccion del Emperador, Fernando II, que lo tituló Conde del Sacro Romano Imperio con el agregado de Conde de Rebolledo, á los 39 años cumplidos de edad. La excesiva modestia que le caracterizaba, hizo que considerando este galardón de mayor precio que lo que mereciesen sus trabajos como leal súbdito, se escusase á admitirlo repetidas veces, hasta que el mismo Felipe IV espidió la carta-orden que transcribimos

integra del Parnaso español, edicion de 1771, por creerla digna de ocupar algunos renglones en este lugar. Dice así: «*El Rey—D. Bernardino de Rebolledo, Señor que decis ser de Irian, Alcaide de la Tenencia de la Puebla de D. Fadrique, del orden de Santiago Gentil-Hombre de la boca del Serenísimo Cardenal mi hermano y mi Teniente de Maestre de Campo General en Flandes. Siempre holgare que los naturales de mis Reinos se hallen obligados al servicio del Serenísimo Emperador mi hermano y primo, no solo como vasallos míos, sino tambien como favorecidos de su Imperial grandeza; y así podreis acelar el título de Conde del Imperio de que os ha hecho merced en consideracion de vuestra calidad. De Madrid à 23 de Junio de 1638.—Yo el Rey.—Andrés de Rozas*»— Véase comprobada por este documento la conducta noble y desinteresada de aquel caudillo, si es que en todos los demas actos no hubiese dado igual idea del buen juicio y sana intencion que presidia en su vida pública, tan abundante en acontecimientos gloriosos para la corona de Castilla.

El Conde de Rebolledo debía empero conquistarse nuevos títulos y blasones, á juzgar por el aprecio que le dispensaba el Monarca, y por cierto, no tardó mucho tiempo en obtenerlos por sus recientes merecimientos. Por los años de 1640 fué nombrado Maestre del Campo del Tercio de infantería española, en consideracion á su excelente desempeño de maestre de Campo General en el espacio de cinco campañas consecutivas, confiriéndosele despues el gobierno de la plaza de Franckemdal; el cargo de Superintendente de la gente de guerra del Palatinado; la recuperacion del castillo de Crescenack que octuvo valerosamente; y la de Pequelem, Falestein, y otros muchos. Por enero de 1643 recayó en nuestro ilustre Conde el Gobierno y Capitanía general del Palatinado, bajo la misma forma y condiciones que lo rigió D. Gonzalo de Córdoba, Maestre de Campo General, y hasta llevó á término con laboriosidad y desprendimiento, la peregrina idea de costear un regimiento de Alemanes que creó á su gusto, cuyo mérito le valió la patente de Coronel del mismo cuerpo, aunque bien presto tuvo que traspasar este mando en el Gobernador que juzgase mas idóneo de la provincia, segun las amplias facultades que se le concedieron, para asistir al Congreso de Passan con los ministros del imperio, por voluntad esplicita del Monarca. Al evacuar tan honorífico cometido, en tanto que los ejércitos de Francia y Suecia ocupaban casi todas las plazas del Rhin, cupo al ilustre conde la defensa de Franckemdal, en donde sitiado diez y ocho meses, sin poder recibir socorros de Flandes ni de Alemania, sufrió con animosidad el asedio, acreditando tambien sus dotes en la milicia, y el enemigo sin esperanzas de que se rindiese levantó el cerco, y huyó de aquellos muros impenetrables. Así con justo motivo en 46 fué nombrado Capitan general de la Artillería de un ejército que debia formarse hácia la frontera de Lusemburg, aunque no teniendo realizacion este proyecto hasta el siguiente año de 47, se le concedió licencia para volver á España. Ya trataba nuestro infatigable Conde de emprender su marcha para Lérida, cuando el Rey determinó pasarse á Alemania á negociaciones graves en su nombre, con orden de permanecer allí hasta terminarlas, sirviendo luego en recompensa el cargo de ministro Plenipotenciario de Dinamarca.

Acaso en ningún otro período de su vida pública

acreditó mejor el nuevo Ministro Plenipotenciario la sagacidad de sus talentos, pues el tino y reserva diplomática con que evacuó aquellas negociaciones y asuntos de guerra que se le confiaron en la corte de Dinamarca, pudieron comprobar suficientemente, que á sus continuados esfuerzos, se debía la solución de tantos asuntos interesantes al suelo español. Cuando en los años de 1657 declaró la guerra el rey de Suecia Carlos Gustavo, á Federico III, impidiéndole pasase á Francfort con objeto de desbaratar la elección que proyectaban en el emperador Leopoldo I, el Conde de Rebolledo trabajó mucho, volviendo á acreditarse de hábil político, así como durante la invasión del ejército Sueco en la isla de Zelandia y sitio de Copenhague. En este porfiado asedio, que duró mas de dos años, sus útiles consejos alentaban el ánimo macilento y triste del monarca y de la corte, y socorriendo la plaza do quiera que juzgaba necesaria su presencia, mandando reconstruir los parapetos endebles, alentando el espíritu de sus defensores, Federico III, halló siempre en este caudillo un ministro sabio, y un conquistador activo de las glorias de su reinado. Pero su edad iba avanzando en medio de tantos sucesos, y su vida agitada en demasia, estaba reclamando una justa tregua. Así es que terminado aquel último acontecimiento, y satisfecho ya de títulos y condecoraciones que su modestia, repetimos, juzgó algun tanto inmerecidas, obtuvo su retiro para Madrid, en donde según la Real orden de 15 de Setiembre de 1662, se le confirió una plaza de Ministro en el Consejo Supremo de la Guerra, que bien habia merecido mucho antes por sus hazañas, á no haberlo ocupado el rey en asuntos de valia para su trono. Dos años despues, se le mandó asistir al Consejo, no obstante que por su antigüedad no le correspondia, y se le confiaron tambien otras comisiones delicadas: por último, en 1670 fue nombrado Ministro de la llamada Junta de Galeras, y en 71, uno de los miembros que compusieron la que se formó sobre los negocios de Ceuta, en cuyos desempeños siempre leal, siempre reputado por el oráculo en sus dictámenes, permaneció el largo tránsito de doce años, querido de su rey, y apreciado por toda la nacion española.

Hasta de ahora solo hemos ofrecido á nuestros lectores un breve análisis de los gloriosos sucesos en que tomó parte como guerrero-conquistador: réstanos hacerlo del Conde de Rebolledo como diestro poeta, distinguido en aquella época, cualidad que realizaba necesariamente la elevada alcurnia á que pertenecía, y el mérito de que se dedicase á trabajos literarios, en los momentos con que daba tregua á las decisiones de su espada.

Las obras de este claro ingenio, cuya noticia ha llegado hasta nosotros, son poéticas, distribuidas en cuatro volúmenes. El primero, contiene los *Ocios*, ó séanse sus poesías líricas: el segundo, la *Selva Militar* y *Política*: el tercero, la *Selva Sagrada*, la *Constancia victoriosa*, los *Trenos*, y el *Idilio Sacro*, que son sus traducciones: el cuarto, las *Selvas Danicas*, ó séase, un poema genealógico de la sucesion de los reyes de Dinamarca. Todas estas obras se hallan impresas en Amberes y Copenhague, siendo su primera reimpression española, la que contiene el antiguo *Parnaso*, con mas alguna que otra composicion diseminada ú oscurecida, y entre estas las en prosa perdidas enteramente. No seremos nosotros los que remontando el elogio de sus poesías á una altura que

acaso no merezcan, (aunque algunos las hayan calificado de admirables concepciones de su ingenio verdaderamente sublime) les neguemos el mérito á que sean acreedoras, atendido el mal gusto que dominaba en aquel tiempo, y que tantas mejoras recibiera despues, por los esfuerzos de mas hábiles cultivadores de la poesia.—Consideramos por el contrario, que los aficionados á tan bello arte, deben examinarlas detenidamente, y con mayor esmero las traducciones de libros sagrados, porque sabido es que su buen acierto le proporcionó el epigrafe de «*laboriosus in otiiis, constans in laboribus*» conservando siempre en ellas la parte misteriosa del original, lo cual se comprueba especialmente en la de los Salmos de David.

Algunas de sus canciones sueltas ofrecen el ideal de su buen estilo, y los romances místicos son los mas apreciables de este autor. La viveza de imágenes y concision que denota su soneto dedicado á Pedro de Espinosa, que hemos leído con gusto, nos mueve á insertarlo á continuacion, como pequeña muestra de sus fantasías, y del espíritu religioso que en él campea. Dice pues:

En turquesadas nubes y celajes
Están en los alcázares impirios,
Con blancas hachas, y con blancos cirios
Del sacro Dios los soberanos pages:
Humean de mil suertes y linages
Entre amaranto y plateados lirios,
Incensos Indios, y pebetes Sirios,
Sobre alfombras de lazos y follages.
Por manto el Sol, la Luna por chapines,
Llegó la Virgen á la impirea sala,
(Visita que esperaba el cielo tanto):
Echáronse á sus pies los Serafines,
Cantáronle los Angeles la gala,
Y sentóla á su lado el Verbo Santo.

O mucho nos equivocamos en nuestro humilde juicio, ó este único soneto revela el claro ingenio de un autor, preparando el atractivo de estudiar sus obras, de las que ofrecen ténue bosquejo esos catorce versos llenos de fé, y de locucion poética.

El Conde de Rebolledo, oriundo de la esclarecida familia de los Rebolledos de Castilla, ricos-hombres del reino de Leon, obtuvo pues, los títulos y distinciones siguientes. de Señor Irián; Caballero del orden de Santiago, con banda é insignia de la Amaranta; Comendador y Alcaide de la Tenencia de Villanueva de Alcaudete, y Puebla de D. Fadrique; Capitan de infanteria de marinas, y de Caballos corazas españoles; Coronel de un regimiento de Alemanes; gobernador y Capitan general del palatinado inferior, teniente de Maestre de Campo de los egércitos de Flandes; Maestre de campo del tercio de infanteria española; nombrado General de Artilleria; ministro Plenipotenciario en Dinamarca, y del Supremo Consejo de la guerra.

—Recibió mercedes y premios de los Reyes Felipe III y IV; de Federico III de Dinamarca; de la Reina Cristina de Suecia, que siempre le conservó su especial cariño; del infante Cardenal D. Fernando; de los emperadores alemanes Fernando II y III, quienes le confirieron el condado del *Sacro Romano Imperio*, y finalmente, de muchos príncipes de Alemania y del Norte, conservándose en nuestros dias 68 Cartas originales de Felipe IV al Conde, algunas de su propio puño, y 7 del infante D. Fernando su nuevo Mecenas. De tal

manera este insigne militar y esclarecido poeta, supo añadir tan inmensos blasones á los que ya ilustraban su casa, adquiriéndolos á fuerza de vigiliás, de privaciones y peligros, proporcionándose una cuantiosa renta, mas pingue que la de ningun otro potentado de su época, y que algunos hacen subir á cincuenta mil ducados anuales. Cuatro años antes de su fallecimiento, creyendo este suceso muy próximo por la debilidad de sus fuerzas, hizo testamento; pero como habia permanecido célibe, y sus parientes no se veian necesitados, concibió la benéfica idea de distribuir su caudal en legados á las iglesias de su ciudad nativa. Fundó, pues, dos gruesas memorias en la Catedral de Leon de á 200 ducados annuos para las doncellas que proviniesen en mas ó menos grado de los Rebolledos, y en su defecto de los Quiñones, Villamizar y Lorenzana, apellidos de la de su madre; igual-

mente fundó 12 de á 100 ducados para huérfanas *estrañas*, y legó á la Capilla de los Rebolledos de su propiedad, en la Catedral misma, 200 mas para gastos del culto: todo lo cual patentiza su mansedumbre evangélica, y la bondad y firmeza de sus costumbres.

Su muerte, ocurrida el 27 de marzo de 1676, á los 80 años de edad, y tras una penosa dolencia, se divulgó por la Nación, con un sentimiento difícil de describir, siendo sepultado por su voluntad en la Capilla de Nra. Sra. de los Remedios, sita en el convento de Mercenarios calzados de esta Corte, de donde no sabemos si habrán sido extraidos estos restos alguna vez. Asi terminó sus afanes y conquistas el eminente español D. Bernardino de Rebolledo, Conde de Rebolledo; aquella gallarda figura que tantos dias de gloria supo proporcionar á sus monarcas y á su patria.

MANUEL MARIA DEL CAMPO.



Y el bárbaro en el hombro la gran viga,
sin muestra de mudanza y pesadumbre,
venciendo con esfuerzo la fatiga,
y creyendo la fuerza por costumbre.
Apolo en seguimiento de su amiga
tendido habia los rayos de su lumbré;
y el hijo de Leocan en el semblante
mas firme que al principio y mas constante.

Era salido el Sol cuando el enorme
peso de las espaldas despedia,
y un salto dió en lanzándole disforme
mostrando que aun mas ánimo tenia:
el circunstante pueblo en voz conforme
pronunció la sentencia, y le decia:
sobre tan firmes hombros descargamos
el peso y grave carga que tomamos.

ARAUCANA, PAG. 30.



EL ZAPATERO DE PORTAL.

I.

Venid, amabilísimos lectores, si os hallais dispuestos á dejar el mullido lecho, los que le tengais, ó el empedernido jergon, los que seais cesantes, esclaustrados ó empleados no preferentes, y seguid á guisa de lazarillos mis matutinos pasos por las torcidas y jamás limpias calles del laberinto madrileño. Subid, como mejor podais, la empinada cuesta de Santo Domingo, y despues de recorrer las calles que se encuentran en la cumbre de este Chimborazo europeo, hagamos alto.

No me preguntéis asaz mohinos dónde nos encontramos, porque mas de una reja coronada de arreboladas ninfas, enemigas implacables de la *casta Lucrecia*, que al pasar os habrán saludado con el meloso apóstrofe de «*adiós, hermoso,*» aunque seais mas feos que vuestro *cicerone*, os deben haber hecho conocer que pisamos la nunca bien ponderada, y no menos célebre calle de Hita.—Tapaos las narices si no os quereis ver atacados de una epidemia; prescindid de los objetos que os rodean, y subid desde luego la oscura, resvaladiza, perpendicular é indefinible escalera que á cuatro pasos del umbral de esa puerta que en frente tenemos, se eleva horritonante, y á manera de espárrago.—Tropezando aqui, cayendo allá, arrojando imprecaciones en todas partes, y al son de los rechinamientos de esta maldita máquina ascendente, que por ironía llamaron *escalera*, hétenos ya ante la desvencijada y tísica puerta de la última boardilla de tan angosto y prolongado edificio. Respiremos un

momento; despojémonos de las telas de arañas, cuyo sublime reposo, profanos, hemos venido á turbar, encorbémonos cuanto nos sea posible para evitar una rotura de cabeza, os referiré el motivo de esta peregrina escursion, y despues podreis retiraros, porque ni vosotros estareis para continuar aqui mas, ni á mi objeto servis de maldita la cosa.

—Habeis de saber que esa puerta que contemplamos es el único y débil obstáculo que nos separa de SIMON; SIMON EL ZAPATERO DE PORTAL!!!

Habeis de saber, que yo por mis pecados, soy un estudiante *pobre*, por la sencillísima razon de no tener mas patrimonio que el sueldo de mi padre, sueldo *in nomine*, como el de la mayor parte de los empleados en España, y *gracias* á esta *desgracia*, me veo en la precision de valerme para mi equipo de *artistas* de contrabando; de los artistas que sin privilegio exclusivo, y sin estar premiados por S. M., si no ponen á uno tan elegante como los que tienen esta cualidad, no lo estafan á cara descubierta, y al cabo esta es una ventaja.

Uno de estos, y el que tiene á su cargo mi calzado, es el que anida en esa ratonera, y el objeto de mi viaje se reduce á recoger unas botas que trage el dia anterior, fracturadas horribilmente, y sin cuyo auxilio no podría hoy presentarme en el sombrío, elegante y *aristocrático* salon del Prado.

Creo que he llenado la *mission* de instruiros en las causas de mi viaje, y ahora vosotros llenando la vuestra, y echados otra vez sobre vuestros respectivos lechos, escuchad todo lo que voy á deciros sobre SIMON el zapatero.

II.

Apenas os hubisteis retirado, cuando la endeble puerta, en la que yo estampé dos porrazos, girando sobre sus *pesados y robustos goznes*, presentó á mi vista un cuadro de devastacion, en cuyo fondo se sombreaba la escuálida figura de un ser ambiguo, que examinado mas de cerca resultó ser *nuestro héroe!*

Flaco y macilento es su semblante; luenga, *pia y arremolinada* la barba; recónditos y taciturnos los ojos en cuya mirada inquieta se lee la espantosa hambre que lentamente le devora, y su conjunto en fin representa una de aquellas visiones que Ossian soñara en sus momentos de vértigo, y Dumas y Victor-Hugo nos han reproducido en sus *románticas* composiciones.

El ajuar que en desórden se esparsa por el mezuquino chiribitil, no merece ser trasladado al papel, pues sería insultar á la miseria en su mismo asilo!

—¿Qué es aquel monton opáco de cuyo centro se escapan por intervalos acordes gemidos de dolor, miserable parodia de la respiracion humana?—Ah!.. Yo debiera llorar, si para llorar estuviese, porque ese monton informe y que bulle, es nada menos la no limitada familia del infortunado SIMON!!—Hé aqui, no pude menos de exclamar, las consecuencias de los disturbios políticos!—*Simon*, ayer ayudó á su patria á sacudir la esclavitud, acribillando su cuerpo con las bayonetas enemigas, y hoy destroza sus arrugadas manos con la punzante lezna!

Dejemos las consideraciones políticas, y procuremos calzarnos las botas refundidas por el obsequioso *Simon*, y prévio el pago de los veinte reales que exige por su trabajo, apresurémonos á dejar aquel sitio para que tengan espedita la escalera el *artista y compañía*, que bajan á duras penas la mesilla, tiesto del semi-betun, silleta, esporton, tablones y demas enseres indispensables á la profesion.

La primera diligencia de que se ocupa el zapatero es armar con los carcomidos, pero pintados tablones, la concha en que se encierra á manera de ostra, y cuya desigual cima corona con unos pares de heterogéneos zapatos, cuya nueva y rara hechura han recibido de su propia mano.—Estos tablones, si el zapatero es *aristócrata*, tienen en la parte superior dos vidrios que le adornan, y que abren paso á los débiles rayos del sol, que penetran en el portal.

Distribuye despues en pintoresca y *desordenada regularidad* los artefactos, y cuelga de una caña ó palo saliente á la calle, el azulado tarjeton, en cuyo fondo se lee con caracteres litográficos la elocuente inscripcion:

CE RREMON TAM VOTAS Y ZAPATOS.

Debajo de esta se ven ondular *los contornos* de una lustrosa ex-bota que tiene buen cuidado *Simon* de limpiar todos los dias, y que sirven como para corroborar la frase que tiene por coronilla.

Despues que nuestro *héroe* ha llenado estos preliminares indispensables, y despues que ha tendido una mirada desdenosa á calle y balcones, sentado en su negra y resinosa silla, arrastra, hasta poner delante de sí, el destruido esportillon en que se hacinan todos los materiales *nuevos*, que sirven de fundamento á sus obras: tales son los fragmentos de zapatillas estraidas de un muladar de respetable antigüedad; las

corroidas y agujereadas hormas, que sirven lo mismo para el *barco* del aguador, que para la *pulida chinela* de la criada de servir; los innumerables listones de papel de estraza que hacen oficio de cartabon á falta de este; y por fin, entre otra multitud de asquerosos, pero indispensables enseres, los dos enlazados *vidrios* que cabalga sobre su recogida nariz, para hacerse la ilusion de que con ellos podrá *acreditar* mejor su *acreditado establecimiento*.

De esta manera, colocado ya, pasa la denegrida mano de enser en enser, y tomando una horma, el martillo y un informe y roto zapato, que revela desde luego su procedencia, empieza su penosa, pero noble faena, el zapatero de portal.

Aquí quisiera yo, caros lectores, que me evitaseis el trabajo de amontonar las admiraciones y exclamaciones que no puedo menos de exhalar al contemplar al honrado ciudadano, que con las rodillas sobre la barba, y entre la barba y las rodillas la horma, esforzando sus gastadas fuerzas, hace rodar por su plegada mejilla una tras otra las innumerables gotas de sudor que son necesarias para penetrar el férreo zapato del gallego! al contemplar las veces que hunde su atabillado pecho con la parte trasera de la homicida horma! al contemplar los años de vida que tiene que quitarse para lograr unos miseros y regateados ochavos! al contemplar!.. Pero dejemos aqui las contemplaciones, que ni estamos en tiempo santo, ni tampoco el portal del zapatero es un sagrario; y veamos quién es aquella desenfadada mozueta que con provocativa desenvoltura, y á la *neglige*, ha salido de la casa de enfrente, y en un instante ha penetrado en la tienda del afanado trabajador.

Por el saludo que ha hecho, y la contestacion que ha recibido, ya que no por sus sombreadas manos, podemos conocer que es la encargada de los cargos que son inherentes al fogon; mas claro, *la criada fregatriz*.

—Cómo se afana V., señó Simon, por ganar un peazo é pan para su familia!—es la segunda frase que ha dirigido al pacientísimo operario, entablándose entre los dos el siguiente diálogo, digno de una de esas necedades que se representan últimamente en los teatros con el nombre de *piezas andaluzas* ó *parodias* singulares.

—Que quieres!... En esta via, unos nacen pa regalarse sin trabajar, y otros pa...» (y encajó el tiempo de un verbo que ni está en el diccionario ni yo trato de reproducir.)

—«Vamos, señó Simon, hoy tiene V. poco humor.

—Te engañas, tengo mucho, pero es malo.

—Ya! con too, es menester convencerse que na se aelanta con esa moa de icir; mire V. como yo...

—Tú! tú eres muger, y á las mugeres, y mas de *tu clase*, nunca les faltan, como quieran, un peazo é pan. Cuando mozueltas se las avian como tú, y cuando viejas se....

—V. siempre empeñado en que yo soy... y aemas su parienta é V., que no es moza, porque no jace lo que V. piensa; asina podria V. tirar las hormas.

—Mi parienta! mi parienta, porque tiene un escribano en su abolorio, gasta mas jumos que remiendos mis calzones, y lo que no sea ganar la via honraamente, dice que nunca lo pasará.

—Honraamente? eh?—es decir, V. trabajando y ellas como yo sé y too el barrio....

Ya iba á desenvolver la mozueta lo que hubiera

sido suficiente á alterar la paz entre los antdiluvianos cónyuges, cuando un nuevo personaje se presenta en la escena, y este recién llegado actor es ni mas ni menos que el criado-lacayo-ayuda de cámara etc. de una marquesita, *doncella de cuarenta años*, que vive en la contigua esquina de la calle inmediata, y que pasa su existencia sola; salvo un *fashionable* que ha admitido por respetos de familia, que le ayuda.... á pagar el cuarto. El susodicho criado, que tiene mala cara, y que no debe tener mejor humor que el zapatero, entró atropelladamente dando al pasar un fuerte codazo á la bachillera criada; esta por su parte le contestó con otro, acompañado de un—«que brutto!»—que el no oyó ó afectó no oír.

—Dos remiendos á los zapatos del señor, y tapas, suelas y palas á los de la señora; que estén para la noche, porque tiene que ir á una *soire*,» fueron las breves palabras del lacayo, contestadas solamente por Simon con un movimiento afirmativo de cabeza, hecho el cual, tornó á desandar su camino, volviendo á dar al paso un manoton algo *libre* á la fregatriz, que esta vez contestó solamente con juguetera coquetería, y sin moverse «qué gracia!»

Ya iba á anudarse otra vez la conservacion pendiente, ó se le iban á dedicar picantes epigramas á la marquesa, *fashionable* y lacayo-omnibus, cuando invadieron bruscamente el portal, á manera de falanje pronunciada, el abastecedor de carbon del barrio, dos sílfides de aquellas del meloso apóstrofe, otros tantos mozos, cuyas caras dicen mas de lo que son, y el memorialista-escribiente de la calle inmediata.

Todos se suceden é interrumpen hablando en desorden á guisa de sesion borrascosa ó polémica periódica, y por mas que se afane uno en querer tomar el hilo á lo que dicen, ó conocer quién es el dueño absoluto, no lo conseguirá, porque allí todo es *libre*, y para esta clase de gentes no hay palabras mas agradables que *la libertad*.

Entre tanto, sin curarse del cuadro que se *tiende* á la vista, entran y salen parroquianos, unos para dejar ó pedir obra, y otros para depositar billetes amatorios en las manos de Simon, que durante este tiempo ha puesto al corriente lo que le ha permitido el mismo, el cual marca, segun un reloj que se escucha en la calle, que van catorce horas de dia, y que ya se hace preciso el que cada mochuelo se retire definitivamente á su olivo.

III.

Momentos de silencio y quietud son los que siguen á la borrascosa mañana. Al *zapatero del portal* le remuerde la conciencia por las escenas que su presencia ha autorizado, y en las que ha tomado una pasiva, pero no pequeña parte, y procura pasar sus *escrúpulos* con las prosaicas sopas que su cara mitad le ha traído, y si no lo consigue, al menos ha adelantado algo, porque al acabar su breve comida, solo se halla dispuesto á concluir la obra del dia, siendo lo primero que trata de despachar los defundados zapatos que han de lucir la próxima noche en la *soire*.

La tarde es mas tranquila para Simon, porque ni asisten á su portal los ciudadanos de la mañana, ni él procura distraerse un instante, porque tiene muy presente que el próximo dia se viene á todo escape con sus apremiadas necesidades, y asi es que no se despegan sus labios generalmente, sino para murmurar en diversos tonos alguna que otra *interjeccion* por el

leznazo que se ha dado, ó por lo difícil que vé ocultar las gruesas y prolongadas puntadas que ensarta en los zapatos de la marquesita y consocio.

La muger viene de vez en cuando para hacerle alguna caricia judaica, que él interpreta mal; y que yo tampoco tengo por de buen agüero, pues veo entrar siempre á la caída de la tarde y dirigirse á arriba, á un *maton* que al pasar saluda con *dos dedos* al benigñísimo y acaso coronado Simon; y esto, sin ser murmuracion, no me da muy buena espina; pero es preciso que esta nueva gota de hiel venga á acibarar mas su existencia, porque es casi inseparable del santo vínculo del matrimonio; debiendo protestar yo aqui en debida forma, que no trato de manchar las immaculadas reputaciones de mil acreditados consortes, ni menos ofender en un punto la moral, que respeto como el mas profundo moralista.

IV.

Ya el sol á carrera tendida se abanza al otro mundo, dejándonos á oscuras (aunque en los tiempos presentes no es esto una novedad) y es preciso que el bueno de Simon descuelgue la pintoresca tablilla y lustrosa muestra, y que ayudado de sus retoños vuelva á colocar todos los enseres en la boardilla hasta el venidero dia; y ya es preciso que yo, constantes lectores ú oyentes, os deje de fatigar con mi tipo porque no podria deciros, si continuar quisiese, otra cosa que lo que ya llevo referido. «Que duerme descansadamente Simon con su parienta, sin que ningun *incidente natural* venga á turbar el continente reposo de ambos; que los *desarropados* y *desarrapados* chicos vuelven á ocupar el sombrío rincon, y que á este silencio sepulcral no ha precedido mas que una vergonzante colacion, está á vuestro perspicaz alcance.» Pero ya que estoy, como se dice vulgarmente, con las manos en la masa, y ya que lo creo indispensable para cumplir exactamente estos detalles biográficos é histórico zapateriles, os voy á reseñar brevemente las dos principales clases en que se subdivide el genérico nombre de ZAPATERO DE PORTAL.

Hay zapateros de portal *con pretensiones*, y los hay *sin ellas*.

Los primeros, llamados por sí mismos *maestros de obra prima*, no son otra cosa que el mismo que os he delineado en la esencia; pero con la notable diferencia en los accidentes, que los tablones en que se encierran están pintados de celeste; un gorro negro encasquetado hasta las orejas inclusive, les da cierto aire de petulancia chavacanesca; que les rodean tres ó cuatro *pelones* que aspiran á ser un dia lo que sus *dignos* maestros, y que ni trabajan los dias festivos por la tarde, ni pierden nunca los lunes (dia de *asueo* para todos los zapateros) un tendido al sol en la plaza de los toros, aunque para ello tengan que empeñar alguna prenda en el monte de Piedad.

Los de *sin pretensiones* son lo peor del arte, asi como lo son las comedias y dramas que se anuncian en los carteles con esta nueva y modesta frase. Ellos se contentan con tener por parroquianos una centena de aguadores, y con pasar la mañana en compañía de cuatro amigos *honrados* que viven sobre el pais, y cuyo fin, cuando mas favorable, es generalmente el presidio, víctimas (segun ellos) de una *injusticia notoria*.

Estos artistas *sin pretensiones*, colocan generalmente á la puerta de su estancia-portal, y pendiente

de un clavo ó cuña, un gran rollo de descoloridos trozos de paño, que ellos dicen venden, para remiendos á los parroquianos, con la rebaja de la cuarta parte de su valor, (bien así como toda empresa que se anuncia) y mas de una mitad de como se vende en el Rastro. Entre los heterogéneos pares de zapatos, tienen tambien unas cuantas cajas de betun, que espendeden á real ó real y medio, segun el grado de fortuna del comprador.

A estos zapateros nunca os llegueis, estimables lectores, porque despues de estafaros de una manera ridícula, os obligarán á ponerlos en las sacrilegas y dudosas manos de un *estirpador de callos*, ó á que compreis, para nada conseguir, el *emplasto inglés*, que no son malos emplastos los que nos arriman los ingleses.

A los primeros tambien os aconsejo no os llegueis, porque á mas de engañaros (bien que esta es cualidad inherente al oficio en general) os obligarán á que regaleis al mozuelo-aprendiz, ó de lo contrario una estrepitosa silva os hará maldecir el instante en que os llegasteis al *zapatero sin pretensiones*. Tan terrible es la ira de un ministro pedestre! Tanto va cundiendo la máxima de no *suplicar* lo que se pueda exigir! La *ley de la fuerza* sentó su imperio!....

Solamente, pues, y sin ningun reparo, os podeis acercar al *héroe* que os he definido; él es el *justo medio* entre ambos viciosos extremos; él es un hombre de conciencia y de razon, y si alguna vez olvidando sus principios santos y envidiables os pidiese por su trabajo lo que á todas luces fuese un *robo* (1), y vosotros permitiésete esta manifiesta infraccion del sétimo mandamiento, no echeis la culpa á él; no, carísimos ó carísimas lectoras, que al fin su miseria perenne le disculpa, sino á vosotros, á vosotros que teniendo paciencia y resignacion para oirlo y complacerlo, mereciais (y mas por haberla tenido por seguir mi relato hasta este punto) que se os condenase por toda esta vida, y despues por la venidera, á ser sin apelacion ni excusas, ZAPATEROS DE PORTAL!!!

RAMON DE VALLADARES Y SAAVEDRA.

(1) Esta palabra se ha sustituido hoy dia con la de *esplotar*. La razon yo me la sé.



MISCELÁNEA.

—La noche del 29 se puso en escena en el teatro del Principe, y á beneficio de Doña Bárbara Lamadrid, un drama trágico titulado *Los dos Tribunos*, última produccion del Sr. Asquerino. La ejecucion fué bastante desigual por falta de ensayos, esperándose en el desempeño de sus papeles la Sra. Lamadrid y el Sr. Latorre.

—El 4 se ejecutó en la Cruz, á beneficio de Guasco, *I Fidanziati di Sicilia*, ópera compuesta por el maestro Gastaldi, la cual agradó bastante en su primer acto, no alcanzando igual fortuna en los siguientes. La Rafaeli y Guasco fueron aplaudidos con justi-

cia, arrojando á este último coronas y ramos de flores.

—En el teatro de Variedades se han puesto en escena, á beneficio de dos actores, *Los Prusianos en la Lorena ó la honra de una madre*, y la comedia en un acto *Pasar el tiempo*; ambas piezas fueron muy aplaudidas, y exornadas con un lujo y aparato estraños al local, que honra sobremanera al estudioso actor Dalmasio Detrell. Mas las que despues se ejecutaron el dia 30, *Juicios de Dios*, y el *Page de Woodok*, fueron miseramente asesinadas, pues ni aun sabian los actores á quien le correspondia hablar, ni por donde habian de salir. Esta falta es tanto mas notable, cuanto recae en producciones de jóvenes recomendables, que no hallándose con fuerzas suficientes para presentarlas en los teatros principales, las entregan en manos de una empresa que compromete su éxito, y perjudica notablemente sus intereses.

—En el Circo el bajo barítono Ferloti continua con *Maria di Rohan*, admirando al escogido público que corre á escucharlo.

—Las reuniones del Instituto Español se han inaugurado con animacion y lucimiento; pues ambas cosas reinaron en la primera que se verificó la noche del 30. Principió por un coro de niñas que ejecutaron las alumnas de la clase de música, compuesto espresamente para esta funcion. Las composiciones que se leyeron fueron muy aplaudidas, así como la comedia *El Café*, la Jota, y los ejercicios gimnásticos. Antes de concluir, haremos mencion de los Socios artistas que han contribuido con sus trabajos, á embellecer el nuevo local que ahora ocupa.

La construccion de este, se ha verificado por los planos del Socio Arquitecto *Don José Alejandro Alvarez*, que ha dirigido la obra. El lindísimo techo que cubre la platea del teatro ha sido pintado por el acreditado Profesor y Socio de mérito, ya premiado por servicios anteriores, *Don Antonio Bravo*. La embocadura, por el Socio de mérito *Don Juan Melendez*. Los dibujos de los entrepaños de las galerías han sido hechos por el Socio de mérito condecorado, el Sr. *Don Juan Galvez*, Pintor de Cámara de S. M. y Director de la Academia de San Fernando, autor del preciosísimo telon de boca del teatro de la Sociedad, y pintados por algunos individuos de la Seccion de Artes. Las obras de escultura del interior y de la fachada, se han ejecutado por los Socios escultores *Don Francisco Elias*, hijo, y *Don Nicolás Fernandez*. No habiéndose podido concluir para este dia las estatuas de la ILUSTRACION y de la BENEFICENCIA, que han de ocupar las ornacinas de la fachada, y el gran escudo sostenido por genios que coronará el edificio, obras las primeras de los Escultores de Cámara *Don Francisco Elias*, padre, y *don Francisco Perez*, y el segundo del referido Fernandez, se colocarán tan pronto como estén concluidas, así como los dos bajos relieves cuadrados que han de ponerse sobre las espresadas ornacinas.

MADRID, 1848: IMPRENTA DE VICENTE DE LALAMA

Calle del Duque de Alba, n. 13.